

Reseña del libro *Los músicos de la catedral metropolitana de México (1751-1791). Transgresión o sumisión*. De Raúl Heliodoro Torres Medina, UACM, 2015

“Recibido el 5 de mayo de 2019, aceptado el 24 de mayo de 2019”

Luis Díaz-Santana Garza*

En México, es común escuchar que algunos musicólogos se quejan de la carencia de partituras en tal o cual archivo eclesiástico, lo cual hace que dicha colección tenga muy poco atractivo para ellos. Ese no es el caso del archivo de la catedral metropolitana de México, uno de los depósitos de manuscritos mejor catalogados y preservados del continente americano, que cuenta con un considerable repertorio de música escrita, que ha sido difundido en publicaciones y grabaciones modernas.

No obstante, a pesar del conocimiento que tenemos de las partituras,

los libros del cabildo de la catedral metropolitana frecuentemente son ignorados, y sólo esporádicamente se plasman como meras anécdotas datos escuetos en artículos y libros, sin pretender o lograr ofrecer mayor contexto. Por el contrario, el libro del historiador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Raúl Heliodoro Torres Medina, se basa en las actas del cabildo, concentrándose en el tema de las transgresiones a las reglas y normas que hacían los filarmónicos al servicio de la iglesia novohispana más importante de la Nueva España. La cuestión de la *transgresión* es no-

* Docente investigador titular C, Unidad Académica de Artes de la Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Licenciado en Música, Maestro en Humanidades y Doctor en Historia.
Correo: med_diaz@hotmail.com

vedosa, pues se aparta del paradigma de la *identidad*, que ha dominado los trabajos de la musicología y la etnomusicología al menos en las últimas dos décadas. Algunas transgresiones a las normas que hacían los músicos catedralicios que se mencionan son: “Faltas al trabajo, deudas, fraudes, robos, vicios (ebriedad), violencia física, ausencia de la ciudad sin permiso, pleitos internos y delitos” (p. 267). Al mismo tiempo, y a pesar de que el autor no indica que sea uno de sus objetivos centrales, el tema de las *redes sociales* de las que forman parte los músicos —relaciones profesionales y de parentesco— es otro de los temas importantes que podemos seguir a todo lo largo del libro.

Además de sus relaciones sociales, hay que destacar que, por medio de la historia cultural, el texto nos proporciona una reconstrucción de la vida cotidiana de los músicos durante la segunda mitad del siglo XVIII. Por ese motivo, no distinguimos en este libro a un grupo de instrumentistas y cantantes por medio de los desgastados estereotipos tradicionales, materializados en pinturas y esculturas coloniales, con vestidos elegantes y rostros inexpresivos o en éxtasis místico, sino como seres humanos vivos, y peligrosamente semejantes a los músicos que habitan en este siglo XXI. En efecto, en el trabajo de Torres Medina se condensa una muestra representativa de filarmónicos del período estudiado, sus

antecedentes, origen étnico, formación musical, sus problemas profesionales, personales y familiares, e incluso los legados materiales y culturales después de haber dejado este mundo.

Encontramos, por ejemplo, al instrumentista que se sentía superior a sus compañeros y por lo tanto no asistía a los ensayos para estudiar obras nuevas, comúnmente se le conoce hoy como músico “estrella”; por otro lado, tenemos al codicioso filarmónico que, a pesar de que era considerado “no de muy buenas luces en la música”, pactaba “tocadas” con diversos personajes particulares, pero después otorgaba a sus compañeros cantidades insignificantes por tales trabajos, musiquillo que en el argot moderno se le llama *caimán*; vemos a aquel que, además de que participaba de tiempo completo en la capilla de música de la catedral, tenía espacio para dar clases a niños y hasta de tocar en *jamaicas* callejeras, y ya no entremos en detalles del laborioso discípulo de Euterpe que, a pesar de que tenía un empleo bien pagado como músico, y de que hacía alboroto en todo tipo de eventos, pedía prestamos con frecuencia para sostener sus lujosos caprichos, vivía endeudado permanentemente, y sólo dejaba como herencia a sus descendientes la obligación de pagar sus deudas.

En fin, podemos constatar que sus temperamentos tan desobedientes y sus existencias con tantos altibajos, que el mismo personal de la catedral,

en ocasiones, se quejaba de tratar con personas “tan taimadas como los músicos” (p. 209). Como profesional de la música, reconozco que muchos integrantes del gremio mantienen hasta nuestros días muchas de aquellas añejas prácticas que detalla el autor, como la de los intérpretes que tienen un buen empleo, y sin embargo no cumplen a cabalidad sus funciones por estar más preocupados estableciendo compromisos con terceros, y a fin de cuentas quedan mal con todos sus patrones.

Entre los personajes allegados a los filarmónicos, que también podemos distinguir hasta nuestros días, reconocemos al ricachón amante de la música que intenta sacar esporádicos sonidos a algún instrumento musical, que le gusta rodearse de filarmónicos y presumir ser su mecenas; o los integrantes del cabildo de la catedral que preferían incorporar a la capilla músicos europeos porque “tocaban a la moda”, rodeándolos de un halo de virtuosos que no merecía este mundo, seguramente para justificar sus honorarios superiores a los de sus pares mexicanos. Tanto en relación a los músicos como en relación a sus redes sociales, cualquier semejanza con personajes vivos actuales no es mera coincidencia.

Finalmente, podemos destacar que el contenido del texto es muy concreto para el lector. Desde el primer capítulo, donde se ofrece de forma breve un panorama general del contexto histórico de la iglesia en el lapso temporal

estudiado, hasta las conclusiones generales, presentadas en un lenguaje claro y directo, resulta un libro que complace a todo público, no sólo a los especialistas. Celebramos la publicación del texto y los invito a su lectura, que viene a llenar una laguna de la historia cultural y social de la música colonial mexicana.